



Diana Benítez Paucar

Ilustraciones de Alejandra Guerra

  
loqueleo  
SANTILLANA

## Índice

I	7
II	13
III	19
IV	25
V	31
VI	35
VII	41
VIII	45
IX	51
X	55
XI	61
XII	65
XIII	71
XIV	75
XV	81
XVI	85
XVII	89
XVIII	93
XIX	99

(

Esa que está distraída derramando el café sobre la falda de su uniforme es Angélica. Justo hoy se levanta tarde, hoy que tiene examen de Geometría y una nueva aventura que vivir, justo hoy.

Anoche se quedó viendo una de sus series favoritas y, aunque su mamá le sugirió, casi le rogó e incluso la regañó para que se acostara temprano, ella, muy confiada y oronda, decidió terminar de ver la temporada de la serie y, como pueden ver, aún no ha despertado del todo, pues de otra manera no me explico cómo derramó la taza de café.

Angélica vive en las afueras de la ciudad, en un área campestre, pues a sus papás les gusta la tranquilidad del campo y todo lo que contribuya al medio ambiente. Incluso, separan los desechos orgánicos de los inorgánicos para hacer compost y aprovechan la energía solar. Todos los temas de conservación que tienen que ver con la naturaleza son algo que ellos valoran mucho.

Por lo regular, su papá la lleva al colegio. Sin embargo, por cuestiones laborales, hoy tuvo que salir a las cuatro de la mañana a una ciudad cercana. Cuando esto ocurre, su mamá toma un taxi, deja a su hermanita en el jardín infantil, luego a ella en el colegio, y continúa hacia su trabajo.

Pero esta semana es de exámenes. Además, por una nueva disposición del colegio, los alumnos solo llegan a las nueve de la mañana a presentar el examen y se retiran al terminarlo. Esto permite tener más tiempo para estudiar o descansar según

las necesidades o los intereses del alumno, pero en el caso de Angélica y de algunos de sus compañeros estropea la rutina familiar, puesto que un cambio de horario implica buscar alternativas de transporte.

Sus papás se lamentaron de no haber contratado el servicio de transporte del colegio desde principio de año y pensaron en dos opciones: solicitar un taxi o hablar con la mamá de una de las compañeras de Angélica para que le dieran jalón. No obstante, Angélica les pidió a sus papás que la dejaran tomar el bus extraurbano. Uno de sus argumentos es que necesita ser más independiente ahora que tiene quince años y quiere romper con esa burbuja en la cual ha crecido, para conocer mejor la ciudad.

También mencionó que otros compañeros de su colegio toman el bus todos los días, pero el argumento que convenció a sus papás —y que Angélica ya había considerado de antemano como un

as bajo la manga— fue que el transporte público es la garantía de una sociedad ecológica y que ella quería contribuir.

Después de una larga discusión entre sus papás, entre ella y sus papás, entre sus papás y algunos parientes que casualmente llamaron en ese instante, por fin accedieron a su petición: tomaría el bus solo por esa vez. Angélica quedó complacida con la decisión, pues sintió que había un voto de confianza para ella y que empezaban a verla como una joven, más que como una niña.

Durante la cena, su papá le explicó el recorrido de la ruta mostrándosela en Google Maps, le dio dinero para pagar el pasaje —e incluso le dio de más por si cambiaba de opinión y decidía irse en taxi— y le enfatizó que al llegar al colegio le escribiera un mensaje para saber que había llegado bien.

Su mamá le advirtió de los miles de peligros que puede encontrar en un bus y le contó historias

macabras con la intención de disuadirla. Después, al verla tan convencida, cambió de tono y fue enumerándole algunos consejos para evitar situaciones peligrosas, como no sacar su celular en público, no quedarse dormida en el bus, mantener su mochila a la vista y estar atenta a los movimientos de todas las personas.

Angélica escuchó sin hacer preguntas ni caras raras para demostrar seguridad, aunque la ansiedad de tomar el bus por primera vez creció enormemente. En un momento, cuando su mamá contó esas películas de terror, quiso echarse para atrás en su propósito, pero sabía que si no se lanzaba a vivir esta aventura las posibilidades iban a ser menores y sus papás iban a verla frágil si se arrepentía. Por eso se fue a ver televisión después, para olvidar las historias de su mamá, y así perdió la noción del tiempo.

